

Alexander Skutch

Libertad básica

Summary: *This article examines an aspect of the conflict between mind and body. Invisible genes guide the growth and functioning of our body, in normal circumstances doing both very well without our conscious interference. While they control our internal relations, they endow us with intelligence to adjust our external relations in a world that is often confusing. Unfortunately, by the strong passions that they impose upon us, our genes too frequently confuse or oppose the rational control of our behavior. Especially in procreation, they often override judgment, impelling us to beget progeny without regard to circumstances. This tyranny of the genes is a major cause of shame and all the tragic consequences of overpopulation. Basic freedom is won by resisting the passions that our genes impose upon us.*

Resumen: *Este artículo examina un aspecto del conflicto entre mente y cuerpo. Genes invisibles guían el crecimiento y funcionamiento de nuestros cuerpos haciendo ambas cosas muy bien en circunstancias normales sin nuestra interferencia consciente. Mientras controlan nuestras relaciones internas, nos dotan de entendimiento para adaptar nuestras relaciones externas en un mundo a menudo causante de confusión. Desafortunadamente, por las fuertes pasiones que imponen en nosotros, nuestros genes, con demasiada frecuencia interfieren en la dirección racional de nuestra conducta, confundiéndonos o anulándonos. Especialmente en el asunto de la procreación muy a menudo nos impiden reflexionar, impulsándonos a reproducirnos sin tomar en cuenta las circunstan-*

cias. Esta servidumbre a que nos someten los genes es en gran medida causa de vergüenza, miseria y todas las trágicas consecuencias de la sobrepoblación. La libertad básica se gana resistiendo las pasiones a que nos condenan nuestros propios genes.

El cuerpo es un organismo inmensamente complejo. No obstante las investigaciones por siglos de millares de anatomistas, bioquímicos y médicos, y los innumerables libros y artículos científicos que se han escrito sobre la materia, estamos lejos de comprenderlo adecuadamente. Todos los científicos del mundo trabajando juntos en laboratorios equipados con la mayor excelencia, no podrían armar un cuerpo humano reuniendo la docena o algo así de elementos de que está compuesto. Sin embargo, al momento de la concepción, el núcleo del huevo fertilizado, invisible a simple vista, contiene instrucciones completas para el desarrollo de ese cuerpo, en cada detalle por mínimo que sea, para su funcionamiento como un todo y en cada órgano, para sus cambios progresivos a lo largo de los años y para su declinación final a una edad avanzada. Aquí, en una maravilla de condensación o miniaturización, instrucciones que nosotros podríamos transmitir sólo mediante rimeras inmensas de planos y millones de palabras explicativas, están empacadas dentro de los microscópicos atados de espirales ADN que contienen los genes, todo en un código basado en la disposición de sus átomos constitutivos. Muchos millones de años de experimentación indirecta, de evolución a base de

prueba y error, fueron necesarios para reunir esta serie de instrucciones, maravillosamente completa y compacta.

Tras veinte años de desarrollo en un entorno favorable que supla todas las necesidades materiales, lo que estaba implícito en el huevo fertilizado se yergue ante nosotros en una forma más o menos definida, un joven o una doncella en el umbral de la madurez. Si se trata de uno de los especímenes más hermosos de la humanidad, el cuerpo joven puede, a vista de muchos, parecer que supera a todos los otros animales en gracia y belleza. Nuestro juicio sobre este punto no está fuera de disputa, porque nosotros innatamente estamos predisuestos a preferir la forma de nuestra propia especie; por ello podemos decir que, a los ojos de un cocodrilo, un joven cocodrilo puede ser el más bello de los animales. Pero igualmente con un criterio más objetivo, el hombre es un animal muy superior. Examinemos esta afirmación punto por punto.

La prosperidad de un animal, lo que puede conocer y hacer, depende en gran medida de sus sentidos. La visión de muchas aves es más aguda que la nuestra, con mejor habilidad para distinguir pequeños detalles a gran distancia. Nosotros compartimos con ellas la visión del color (que falta en muchos mamíferos, con notable excepción de los primates), que es ciertamente de gran ayuda para hacer discriminaciones visuales y es una de nuestras principales fuentes del deleite estético. Los búhos y muchos mamíferos al parecer oyen mejor que nosotros. Comparado con el de aquellos mamíferos que encuentran su alimento y detectan a sus enemigos por el olor, nuestro sentido del olfato es pobre, pero parece ser mejor que el de la mayoría de las aves. Dado que lo que nosotros comúnmente llamamos gusto es una combinación de sensaciones gustativas y olfativas, los animales con un sentido superior del olfato, sin duda alguna distinguen sabores tan bien, sino mejor, que nosotros. En cuanto al tacto, nuestra piel casi enteramente desprovista de pelo nos da una gran ventaja; podría arguirse que el incremento de la sensibilidad táctil fue uno de los factores que promovieron la evolución de un cuerpo desnudo.

Considerada como un todo, yo creo que podemos tasar nuestra dotación sensitiva natural tan buena como el promedio entre los vertebrados. Con la ayuda de instrumentos que podemos hacer y usar y que otros animales no pueden ni hacer ni usar, elevamos el alcance y la potencia de nuestros

sentidos a un nivel que ni remotamente puede alcanzar ninguno de ellos.

Diffícilmente otro animal tiene un cuerpo tan versátil como el nuestro. Podemos caminar, correr, saltar, trepar, nadar y bucear; de los modos de locomoción, sólo volar está absolutamente fuera del alcance de nuestros miembros sin ayuda. En verdad, podemos señalar animales capaces de hacer cualesquiera de estas cosas mucho mejor que nosotros -correr o nadar más lejos o más rápido; bucear a mayor profundidad; trepar más ágilmente- pero pocos pueden hacer de todo ello. Gracias a los largos períodos que nuestros remotos ancestros vivieron en árboles, tenemos, en nuestras manos, los órganos ejecutivos más versátiles dentro de todo el reino animal. Bajo la dirección de las mejores mentes de este reino, ellas son capaces de ejecutar la mayor variedad de manipulaciones. Y este cuerpo nuestro, tan bien equipado con cerebro, órganos sensoriales y miembros versátiles, está construido para una duración excepcionalmente larga. Pocos mamíferos, incluyendo a muchos que son más grandes que nosotros, tienen una longevidad potencial comparable.

Todo este equipamiento orgánico excepcionalmente refinado, por el que pocos de nosotros estamos suficientemente agradecidos, se lo debemos a nuestros genes. Sin la más mínima ayuda de nuestras mentes conscientes, ellos guiaron su desarrollo; como regla, lo mantienen en buen funcionamiento día a día. Todo lo que nuestros padres y, posteriormente, nosotros mismos necesitamos hacer es mantener un entorno favorable y proveer suficientes materiales de construcción en forma de alimentación sana. Si intentamos alterar el curso del crecimiento, para hacer que el cuerpo se desarrolle en forma programada por sus genes o exceda los límites estructurales o funcionales que ellos establecieron para él, nuestros esfuerzos desatinados pueden resultar desastrosos. Puesto que carecemos de medios de comunicación con ellos y ellos son inaccesibles a cualquier sugerencia para nuestra mejoría o alteración física que a nosotros nos gustaría hacerles saber, su poder sobre nuestros cuerpos es ciertamente despótico; pero, en suma, y para la mayoría de nosotros, es un despotismo benigno.

Por supuesto que si tenemos la desgracia de ser deformes o sufrir de alguna enfermedad congénita, podemos resentir ferozmente su tiranía. Sin embargo, probablemente están haciendo lo mejor que pueden por nosotros. Aunque podría ser o no culpa de nuestros padres el haber nacido con

un complemento defectuoso de genes, ellos no podrían evitar ser lo que son y dejar de comportarse tal como están programados. Mediante intervenciones quirúrgicas o la creciente disponibilidad de productos farmacéuticos, podemos a menudo corregir o aliviar la mala formación o el mal funcionamiento de que son responsables nuestros genes; pero por ningún medio conocido podemos alterar su estructura para que se conforme a nuestros deseos.

Por consiguiente, aunque nuestros genes no nos hayan hecho tan hermosos, altos, fuertes, inteligentes o talentosos de alguna manera especial tal como deseamos ser, la aceptación de aquello que no podemos alterar es la mejor parte de la sabiduría y el único camino para la tranquilidad mental. En cuanto a lo que concierne a nuestros cuerpos, debemos someternos al gobierno de nuestros genes, no obstante cuán despóticamente arbitrario nos puede parecer a veces.

Cuando pasamos del gobierno que ejercen sobre nuestro cuerpo y su funcionamiento al asunto de su influencia sobre nuestras emociones, pensamientos y conducta, nos encontramos con una situación diferente. Aquí, por razones que se verán claras al examinar las relaciones de mente a cuerpo, su gobierno absoluto es inaceptable y su control debe a veces resistirse con todo nuestro vigor. Para un evolucionista, no hay duda que mente e inteligencia evolucionaron con el fin de ayudar en el esfuerzo irrefrenable de los genes para repetirse y multiplicarse sin límite. Dentro de un cuerpo orgánico, especialmente en un cuerpo de sangre caliente y sobre todo en una matriz de mamífero o en un huevo incubado a temperatura medianamente constante, los genes operan en circunstancias de preferencia uniformes, llevando adelante automáticamente las funciones para cuya ejecución están programados. No necesitan de mente que los dirija; en verdad, es dudoso que en este planeta haya habido alguna vez una mentalidad lo suficientemente capaz para comprender la vasta complejidad del complemento total de genes en un cuerpo multicelular y de supervisar sus operaciones.

La existencia continua de cualquier gene, su éxito en multiplicarse, depende de la supervivencia de los organismos que lo sustentan. Para darse cuenta de todos los peligros y oportunidades que el mundo circundante presenta y tener la habilidad de reaccionar ante cada uno de forma apropiada, un animal necesita órganos sensoriales y miembros para el movimiento. Para evaluar todas las

señales que los sentidos le traen, y actuar según demanda la situación, el animal necesita un cerebro. No es accidental que nuestros principales receptores de la distancia, ojos, oídos y nariz, se hallen situados tan cerca como es posible del cerebro que recibe sus informes. Entre más completo y agudo es su equipo sensorial y más eficiente su cerebro, mejores son las oportunidades del animal para sobrevivir y multiplicar los genes que le dan tales ventajas. Aunque ahora muchos de nosotros evaluamos nuestras mentes de preferencia por otras cosas, no podemos dudar que la inteligencia surgió, en primer lugar, porque ésta puede promover la supervivencia individual y racial.

En el crecimiento y desarrollo orgánicos, e incluso en el mantenimiento diario del cuerpo, las operaciones programadas por los genes proceden típicamente en secuencias fijas. Para relacionarse con los imprevisibles cursos de los eventos en el mundo exterior, las secuencias fijas, a menudo, son inapropiadas.

A fin de hacer con eficiencia su trabajo, la mente necesita cierto grado de flexibilidad, de libertad respecto al estricto control de los genes, que sería riesgoso concederle en relación al funcionamiento interno del cuerpo. Entre más alto el desarrollo de la mente, más necesita liberarse del control genético con el objeto de hacer mejor uso de sus facultades.

Los ajustes genéticos ante cambios de los entornos ocurren muy lentamente sobre las generaciones. Encerrados en la carne, los genes no se dan cuenta de lo que está sucediendo en el mundo exterior. Aunque ellos han preparado al cuerpo para responder a ciertas maneras estereotipadas frente a las situaciones de frecuente reaparición, como cuando transpira en clima caliente, y produce calor por la contracción muscular que nosotros llamamos calofrío cuando hace frío, son incompetentes para guiar un animal a través de todas las complejidades del diario vivir. Consecuentemente, ha sido ventajoso para los genes liberar la mente del estricto control de ellos cuando se trata de vérselas con el mundo exterior -como-, cuando la comunicación era mucho más lenta que en el presente, un monarca sabio permitía a su gobernador ubicado en una frontera distante, un razonable grado de acción independiente. Así, un animal debe depender de su mente, no de su control genético, para guiarlo a las dispersas fuentes de alimentación, constantemente cambiantes. Dado que los parajes difieren en cuanto a los sitios que ofrecen para nidos y los

materiales disponibles para construirlos, un ave necesita, y frecuentemente ejercita, una cierta cantidad de independencia al escogerlos; en la misma vecindad, algunas especies colocan sus nidos a diferentes alturas desde el suelo hasta la cumbre de los árboles y los construyen con una amplia variedad de materiales. Para contender con las situaciones muchísimo más diversas de la vida humana, el hombre ha desarrollado un alto grado de flexibilidad mental la cual es el fundamento de la inteligencia práctica que ayuda a sobrevivir a los animales.

Una mente es hija de su cuerpo. La estructura del cerebro, el cimiento físico de la mente, está predeterminado por los genes y su desarrollo es guiado por ellos. Sus operaciones básicas, veladas a nuestra introspección, son controladas por ellos. Puesto que tales operaciones son poco comprendidas por nosotros, y, en cualquier caso, muchos de nosotros creemos que ellos nos capacitan para pensar clara y efectivamente, no tenemos razón para disputar con este control básico. Trabajando de manera oscura en las opacas profundidades del cerebro, estos misteriosos procesos desarrollan pensamientos y aspiraciones que no fueron evidentemente programados y ocasionalmente son enteramente nuevos. Entre esas aspiraciones, en muchas mentes está la de tener mayor libertad respecto al cuerpo y sus mecanismos innatos. Así como un niño, cuando crece, demanda emancipación del control parental; así una mente, cuando llega a cierta edad, lucha por emanciparse del cuerpo y del complejo genético al cual debe su existencia. Y así como algunos padres de mala gana permiten a sus hijos cierto grado de libertad que no logra satisfacerlos; así los genes tercamente rehúsan otorgar la medida completa de libertad que desean las mentes despiertas.

El cuerpo ejerce su dominio sobre la mente en gran medida por medio de las emociones. Que éstas desde hace mucho tiempo han sido consideradas como estados impuestos sobre la mente se evidencia por su designación, ahora principalmente filosófica: las pasiones. (Originalmente, "pasión" significaba sufrir castigos dolorosos o tortura, un significado que sobrevive principalmente en la frase "La Pasión de Cristo", su sufrimiento en la Crucifixión). Tiempo ha, Charles Darwin escribió que "La mayoría de nuestras emociones se hallan tan estrechamente conectadas con sus expresiones que difícilmente existen si el cuerpo permanece pasivo". Nosotros sabemos ahora que ciertas emo-

ciones o pasiones son excitadas o intensificadas por hormonas que las glándulas endocrinas vierten en el torrente sanguíneo y a este respecto ellas son productos de actividad corporal más bien que mental, impuestas sobre la mente más que sus propias creaciones.

En el caso de ira o rabia, una de las más violentas pasiones, la secuencia es bien conocida. Cuando somos amenazados, contrariados, o de alguna manera puestos en una actitud ofensiva o defensiva, el sistema nervioso simpático estimula la glándula suprarrenal para soltar adrenalina dentro del torrente sanguíneo, preparando de ese modo el cuerpo para "pelear o huír". El corazón palpita más rápidamente y la presión sistólica de la sangre sube. Los vasos sanguíneos se dilatan, trayendo un mayor suministro de sangre al cerebro y los músculos, y al hígado, que pone más azúcar dentro de la circulación. La respiración se hace más profunda y más rápida. Estos son cambios que preparan al animal para un esfuerzo enérgico; mientras las funciones digestivas y reproductivas, que pueden esperar hasta que pase la crisis, quedan inhibidas. Si la respuesta es pelear o al menos confrontar al enemigo, más que huír, estos cambios internos son acompañados por cambios externos de significado inequívoco: los animales carnívoros muestran sus colmillos; un caballo echa atrás sus orejas y contrae sus labios; la cara de un hombre se pone desagradablemente roja y tensa, mientras empuña las manos.

Para un animal silvestre, semejante preparación rápida para una vigorosa actividad es de un obvio valor de supervivencia. Pero en una sociedad ordenada, pacífica, un hombre puede pasar su vida entera sin necesidad de preservarla por acción violenta. En una sociedad tal, el odio o el furor es muy a menudo suscitado por un choque de voluntades, una afrenta a la vanidad, un insulto, una interrupción del reposo, o una amenaza a nuestra propiedad, quizá por medios legales. En esas circunstancias, no es una tormenta emocional, sino calma y deliberada consideración de las causas de nuestro problema y sus posibles remedios, lo más a propósito para resolver nuestra dificultad, y sin duda genera menos tensión a cuerpo y mente.

Ha poco, hemos leído mucho acerca de agresión, que casi por todas partes se ha incrementado de modo alarmante en las últimas décadas. Experimentos con mamíferos, aves, reptiles y peces han demostrado en forma convincente que la agresividad, la disposición interna a la agresión,

se incrementa por la inyección de hormonas masculinas, especialmente testosterona. Tales experimentos proporcionan la explicación fisiológica de lo que el pueblo campesino simple ha conocido por años: que mediante castración, toros, garañones y otros animales pugnaces se convierten en mansos y dóciles bueyes, caballos, carneros y capones. La agresividad, una causa mayor de los males que afligen el mundo no es el estado normal de la mente sino un cambio que le sobreviene cuando ciertas secreciones corporales afectan el sistema nervioso.

La agresividad de los animales machos llega a su máximo al aproximarse la época de la reproducción, cuando los órganos sexuales están más activos y descargan muchas de sus inquietantes hormonas dentro del torrente sanguíneo. Los mamíferos y aves que por meses han vivido pacíficamente en hordas y bandadas se vuelven hostiles hacia los, hasta entonces, compañeros. En muchas especies, cada macho busca un territorio, del cual expulsa vigorosamente a todos los otros machos de su clase, y dentro del cual no puede incluso admitir a una hembra sin un inicial despliegue de hostilidad. Aunque él no puede darse cuenta de esto, su comportamiento en esta época es regulado por el imperativo biológico de multiplicar sus propios genes y transmitirlos a la posteridad, y para cumplirlo de la manera más efectiva debe asegurarse que ningún otro macho fertilice a su compañera o compañeras. Después de la época del apareamiento, sus órganos reproductivos retrogradan y segregan menos o nada de sus perturbantes hormonas; arroja la túnica de Neso -la excitabilidad sexual- y se une a los otros de su clase en pacífica compañía.

Puesto que la inteligencia evolucionó para adaptar el comportamiento animal a las variables circunstancias del mundo exterior, uno podría esperar que, cuando alcance la debida competencia, podría confiarse al animal mismo la periodicidad e intensidad del esfuerzo reproductivo. La disposición lógica para el animal sería decidir engendrar descendencia cuando el espacio viviente llegara a estar disponible para ella y las condiciones de su nutrición fueran favorables; refrenarse de engendrar descendencia, o producirla en menor grado, cuando el territorio disponible estuviera sobrepoblado o la escasez de alimento hiciera difícil nutrirla. Mucho antes de que naciera la ciencia de la ecología o que los Estados llevaran estadísticas de vida, los pueblos primitivos, quienes vivían

más cerca de la naturaleza que la mayoría de sus descendientes modernos, se daban cuenta de la necesidad de ajustar su población a los recursos de su territorio y ellos a menudo hacían encomiables esfuerzos para lograr esto regulando la natalidad. Uno podría suponer que, desde este momento en adelante, las funciones reproductivas del hombre se incrementarían bajo el control de su mente, que él se entregaría a la actividad sexual, no porque se deje llevar por un ciego impulso orgánico, con frecuencia demasiado fuerte para resistirlo, sino porque deseaba un hijo y estaba convencido de que las circunstancias para crearlo eran favorables y que podría traerlo a un mundo no tan sobrepoblado que vivir sería extremadamente difícil - porque él ha encontrado que la vida humana en circunstancias favorables es una experiencia preciosa y generosamente deseaba dar esta experiencia a otros-. Al mismo tiempo, la formación del cuerpo del hijo sería dejado enteramente a los genes, que por sí mismos son competentes para hacerlo.

Desafortunadamente, los genes nunca se han sometido a la división ideal de responsabilidad que dejaría la formación de los cuerpos individuales bajo su control, mientras la periodicidad y el grado de esfuerzo reproductivo se confía a la inteligencia, cuya propia tarea es la adaptación de la vida humana a sus circunstancias externas. Tal vez sería poco realístico esperar que los genes reduzcan la intensidad de su actividad más distintiva, que es duplicarse indefinidamente. Podría ayudar si pudiéramos hacerles comprender que la excesiva reproducción puede frustrar sus propios propósitos, tanto en el hombre como en otros animales. Los últimos a menudo crían, durante la época en que el alimento es muy abundante, una prole mayor de la que puede encontrar nutrición en los magros meses que siguen.

Durante la estación inclemente, la mortalidad recae con mayor peso sobre los jóvenes, quienes son menos experimentados en forrajear y, además con frecuencia son excluidos de los puntos más productivos por los adultos dominantes. Antes de sucumbir, los desafortunados consumen la cantidad esencialmente fijada de alimento disponible, que podría haber conservado vivos a otros animales hasta proveerse en la siguiente época de crecimiento vegetal; así que si los animales fueran menos prolíficos y empezaran en las épocas de escasez con menos prole, podrían mantener una población más alta de manera consistente. Ello fue claramente demostrado por los estudios R. K. Murton sobre Palomas

del Bosque (Wood Pigeons) en Inglaterra, donde la población es diezmada durante los meses invernales cuando el suministro de granos caídos, semillas de maleza y trébol, de los cuales subsisten principalmente, se renuevan, en el mejor de los casos, con un ritmo mucho más lento que el ritmo con que son consumidos.

También el hombre repetidamente ha construído grandes poblaciones sólo para tener que reducir las drásticamente por hambre. La humanidad encara ahora las alternativas de continuar multiplicando sus billones hasta derrumbarse, junto con el resto del mundo viviente, en un desastre ecológico ampliamente generalizado; o de reducir y mantener sus cantidades dentro de límites razonables, de tal manera que pueda florecer, con calidad y felicidad inalterablemente creciente, por muchos miles, si no millones de años.

Por interés en la armonía social, la nutrición apropiada de niños, y a menudo también por la eugenesia y el ajuste de la población a sus recursos, casi toda sociedad humana, incluyendo la más primitiva, se ha esforzado en regular las relaciones de los sexos, mediante costumbre tribal, mandamientos religiosos, ley civil, opinión pública, o alguna combinación de estos factores. Difícilmente alguna regla ha sido más difícil de imponer. El propósito ciego de los genes por multiplicarse, operando a través de funciones corporales que ellos controlan, tercamente se oponen a un arreglo racional que podría realmente, a la larga, establecerlos más firmemente en el mundo viviente. Para muchos adolescentes y adultos conscientes, el esfuerzo de hacer el comportamiento sexual conforme a las reglas sociales, preceptos religiosos o elevados ideales personales involucra un conflicto de casi toda la vida entre la mente gobernante y los insensatos impulsos orgánicos. Muchos, incluso el más sabio y el más fuerte de voluntad, han sucumbido al adversario que hay dentro de ellos; mientras el débil y el sensual siguen sus impulsos con poca consideración de las consecuencias.

Cuando la civilización avanza, la vida se torna más segura, y la población puede ser mantenida con una tasa de crecimiento muy por debajo de lo requerido para evitar la extinción de una pequeña tribu primitiva existiendo precariamente entre vecinos hostiles, uno esperaría que el vigor del impulso reproductivo del hombre se haya reducido de forma consecuente. Al parecer, sucede exactamente lo contrario. Tal vez, si vemos el asunto de manera desapasionada, debemos considerar esto

como la mayor desgracia del hombre. Tener una función orgánica que excede muchísimo su utilidad biológica es ciertamente una imperfección física, como si algún monstruoso crecimiento desfigurara el cuerpo humano, o que una pierna creciera más larga que la otra. Además, la continua fuerza del impulso por multiplicar los genes, su obstinada negativa a someterse al control racional, es sin duda alguna la sola causa mayor de la miseria humana, si medimos sus efectos por la angustiada consciencia que tan a menudo oprime a aquéllos que no controlan su lujuria, por las vidas desdichadas de hijos no deseados, por la discordia social, por la pobreza, por el hambre resultante de la sobrepoblación, o por las guerras emprendidas para aliviar la presión de la población. Si leemos la *Ilíada* y nos percatamos de cómo la infatuación de Paris y Helena trajeron la destrucción sobre Troya, o rastreamos las novelas más serias de los tiempos modernos, se hace evidente que la falla del hombre en controlar sus impulsos reproductivos es una causa mayor de tragedia.

Tal como el sabio lo ha reconocido desde hace mucho tiempo, la más antigua y persistente forma de esclavitud humana es el dominio de la mente y conducta humanas por las pasiones enraizadas en el cuerpo humano. Ira, agresividad, odio, lujuria, celos tienen un origen somático, o al menos se intensifican por las hormonas y tensiones orgánicas. Así como, a una orden de su señor, un esclavo de rodillas hace lo que desea hacer, a menudo aquello que es más repugnante para él; así nosotros, cuando somos incitados por esas pasiones, con frecuencia actuamos de manera contraria a nuestros mejores intereses y principios inmutables de conducta - de una manera que pronto lamentaremos-. Como muchos déspotas paternos, los genes que nos forman hacen bien algunas cosas y otras no tan bien: nos dan cuerpos de construcción superior y las mejores mentes en el reino animal; pero, de modo perverso, tratan de quitar a estas mentes la libertad que ellas podrían tener, para su propia felicidad e incluso para la supervivencia por largo tiempo de los genes mismos. Pero la mente despierta no se somete mansamente a esta tiranía continua; lucha con valentía por ser libre, para gobernar el cuerpo en vez de ser gobernado por este. Percibe que librarse del dominio de pasiones irracionales es la forma básica de libertad, sobre la cual todas las otras dependen. Mientras no hayamos ganado esta libertad básica, la verdadera libertad de escogencia estará fuera de nuestro alcance. En tanto no libremos

nuestras mentes de pasiones opresivas, ni la constitución política más liberal, ni los más vigilantes guardianes de los derechos civiles, ni los acuerdos sociales mejor escogidos pueden hacernos libres, porque la causa de nuestra esclavitud la llevamos dentro de nosotros.

El sensual y el despreciable en vano son libres.

Esclavos de sus propias oscuras pasiones.

Traducción de Raúl Elvir

(Primera parte)

Summary: Social Discipline as a Factor of Historical Development. An Heterodox Approach out of the Third World.

Departing from diverging perspectives, Sigmund Freud, Norbert Elias and even the Frankfurt School have perceived the disciplinization of instincts and passion as a fundamental civilizatory element. Taking into account the not very positive results of this process in the Third World (universal standardization, decline of spontaneity and the individual), the author advances a critical revision of these approaches.

Resumen: El disciplinamiento social como factor del desarrollo histórico. Una visión heterodoxa desde el Tercer Mundo.

Desde puntos de vista divergentes, Sigmund Freud, Norbert Elias y la Escuela de Frankfurt han considerado el disciplinamiento de los instintos y las pasiones como un elemento civilizatorio central. Tomando como base los resultados no muy benéficos de este proceso en el Tercer Mundo (uniformamiento generalizado, decaencia de lo espontáneo y del individuo), se propone una visión crítica a este enfoque teórico.

Alexander F. Skutch
 Quizzarrá, 8000-939
 San Isidro de El General

I. La crítica de la moral y su significación en el Tercer Mundo

Dentro del actual debate en torno al postmodernismo, la crítica a importantes presunciones teóricas y a resultados prácticos del racionalismo, de la Ilustración y, en general, de la civilización occidental ha tomado con todo derecho un lugar central. Este proceso trae consigo una cierta revalorización de tradiciones culturales, formas de organización socio-política y gustos estéticos que pertenecen al ámbito de lo premoderno, ámbito que, aunque tiende hoy en día a desaparecer, se ha conservado bajo modalidades a veces curiosas en los países del llamado Tercer Mundo.

El presente ensayo intenta enlazar esta compleja temática desde una perspectiva premeditadamente inusual, excéntrica y hasta extemporánea; se trata de una visión que parte de valores de orientación y puntos de vista que aún predominan en ciertos sectores sociales, espacios geográficos y residuos de opinión pública en numerosas naciones de las periferias mundiales. Una percepción preburguesa del desarrollo histórico, de la ética laboral y del campo estético, un mercado escencialista frente al uniformamiento de todas las esferas de la actividad humana — tan propio del mundo contemporáneo —, un cierto desdén hacia la glorificación actual de los países metropolitanos de Europa y Norteamérica como paradigmas normativos de evolución histórica, constituyen los elementos básicos de esta visión. Su carácter aristocrático, ligado a la civilización